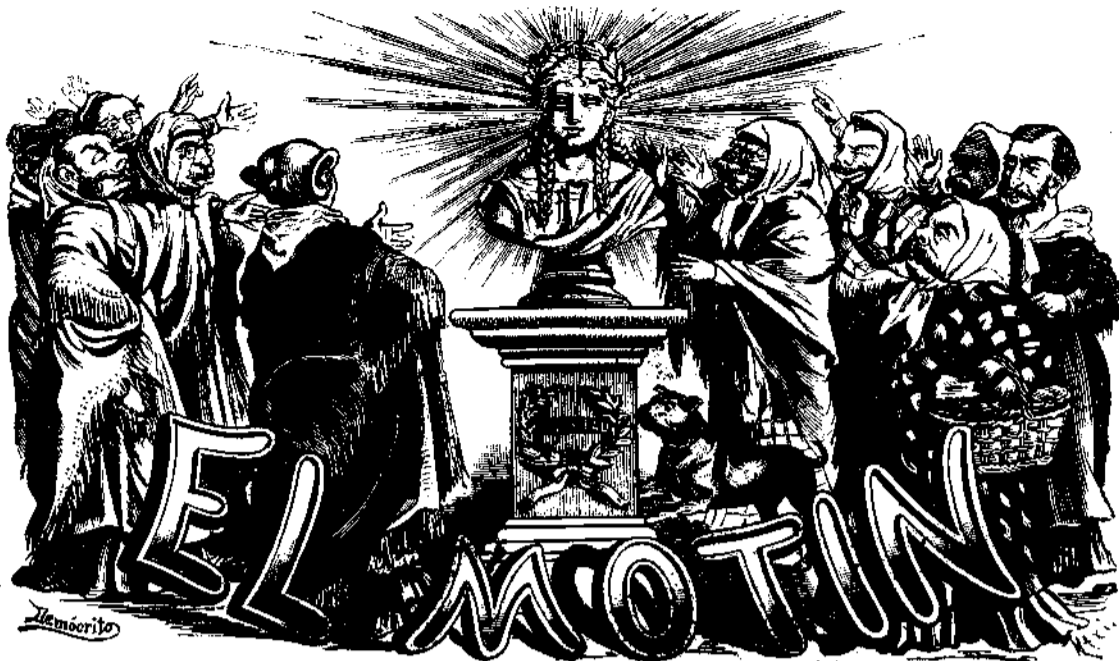


PRECIOS DE SUSCRICION

	Ptas.	Cts.
Madrid, un mes.	1	»
Un trimestre...	2	50
Un semestre...	5	»
Un año.....	10	»
PROVINCIAS		
Tres meses.	3	»
Seis.....	5	50
Un año.....	10	»
Extranjero y Ultramar, 5 pesos.		

Número suelto,
15 cénts.



ADMINISTRACION,

HORTALEZA, 86, 2.º DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.

Los librereros y comisionados recibirán, por las suscripciones que hagan, el 6 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Número suelto,
15 cénts.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LO DICHO, DICHO.

Hemos recibido una carta estúpida, firmada con las iniciales J. de S., que bien pudieran traducirse: jefe de secuestradores.

En ella se nos felicita irónicamente por el valor que demostramos atacando á los conservadores, hoy en la desgracia.

¿En la desgracia? Eso es falso. En la desgracia sólo está el país que los soportó.

Pero al asunto. Los atacamos:

Primero, porque nos dá la gana; razon que ellos daban cuando faltaban á la ley.

Segundo, porque lo merecen.

Y, tercero, para evitar que vuelvan, dándonos por muy pagados si contribuimos á ello, y creyendo haber cumplido con nuestro deber como hombres honrados y nuestra mision como escritores.

El sentimentalismo en política ha perdido á los liberales españoles, y ya es tiempo de renunciar á él.

Esto de que cuando los conservadores estén arriba nos persigan y nos arruinen, y cuando caigan exijan respetos que no guardaron, para dedicarse tranquilamente á minarnos nuevamente el terreno; esto que ha sucedido siempre, es necesario que no vuelva á ocurrir, á menos que aquí no haya hombres ya más que en el nombre, ni caracteres, ni virilidad, ni sangre en los partidos liberales.

¿Están abajo los conservadores? Pues á hundirlos más; que al enemigo caído debe dársele el golpe de gracia, según dijo Pidal (no este del ferro-carril asturiano y comparsa de Cánovas; su padre).

Lo demás es perder el tiempo, y no salir nunca de lo mismo: en la oposicion, perseguidos; en el poder, nécios.

Y, una de dos: ó no creemos, ó creemos en la eficacia de la libertad para resolver todos los problemas políticos y económicos.

Si es lo primero, la dignidad y la conveniencia nos aconsejan no perseverar en una actitud que pudiera bien calificarse de farsa; pero si es lo segundo, como efectivamente lo es, si estamos convencidos de que la práctica de la libertad es el único medio de realizar nuestras aspiraciones, guerra, y guerra á muerte á cuantos se opongan á nuestro triunfo.

Sobre el más ó el menos, ya nos entenderemos nosotros.

Queda V. contestado, señor de las iniciales sospechosas.

EL QUE SACÓ LAS CASTAÑAS.

Usted fué, Sr. Balagner, todo el mundo lo dice.

Con aquellos discursos en honor á la libertad, que entonces colocaba sobre todo, reanimó el decaído espíritu de sus correligionarios, que creían escuchar en sus incorrectos periodos los acordes armoniosos del himno de Riego.

Una vez encendido el combustible que habian haciendo las torpezas conservadoras, creció el fuego, y á su calor surgió aquella crisis temerosa, como algunos creyeron oportuno llamarla.

¡Qué tiempos aquellos, en que V. hacia el papel de precursor, anunciando la buena nueva por campos y ciudades!

Poco faltó para que el mismo jefe que le enviaba, volviese á recibir de sus manos el bautismo liberal que casi habia perdido.

Pendientes entonces de sus palabras, los constitucionales, entusiastas admiradores de su elocuencia, olvidaban los extragos debidos á esa pluma que V. únicamente posee, porque sólo V. en el mundo ha conseguido descubrirla.

Al fin los que aplaudian las peroratas de V., un tanto levantiscas, en concepto de la fusion, alcanzaron el

poder: y llegados á la altura, hicieron lo que en ellos es costumbre, retirar con el pié la escala que les sirvió en su ascension dificultosa.

Esto era lógico, mucho más lógico que el que V. sea á la vez liberal y proteccionista.

La escala, de quedar colocada en el mismo sitio, podia ofrecer al enemigo fácil subida.

Recuerde bien que, en aquellos días, para V. lo primero era la libertad, y esta se toma siempre la de seguir el camino que conduce á sus fines.

Lo cierto es que, contra lo que era de esperar, no alcanzó V. lugar alguno en el Gobierno, aunque siguió figurando en el estado mayor de su partido.

Hoy renuncia V. á esa ventaja, y hasta piensa en retirarse á la vida privada, porque al admitírsele la dimision del cargo que en la Junta de aranceles desempeñaba, no se muestran sus amigos satisfechos de su celo é inteligencia.

En cuanto á lo primero, mal podian concedérselo, cuando son ellos los que de V. lo tienen; y respecto á la inteligencia, V. sabe que la fusion necesita toda la que tiene, no hallándose por lo tanto en condiciones de prodigarla.

Se comprende que tal proceder haya causado á V. alguna incomodidad, pero no es causa bastante para que quiera abandonar la política, ni mucho menos la causa de la libertad, que, según dijo, era para V. sacratísima.

No es que á esta le sean indispensables sus servicios; sino que un despecho pueril no debe influir en la conducta de un hombre que alardea de político.

Mas si el desengaño recibido puede tanto que al fin se decide á retirarse, sirvale de consuelo el que su partido no podrá menos de confesar que V. fué el que sacó del fuego las castañas.

Y hasta podrá, con justicia, añadir, que de ellas ha recibido V. parte. Por lo menos una, no cabe duda que le han dado.

AL DICTADO.

Sumiso á la evocacion de un medium afortunado, sus deseos ha expresado de esta suerte Calderon:

«Señores, que con festejos queréis honrar mi memoria, tal vez porque de mi gloria os alumbren los reflejos,

Con profunda gratitud y más profunda alegría, contemplo á la patria mia estimar génio y virtud.

A mi espíritu es tan cara esa gloria terrenal, que si no fuera inmortal el contento le mata.

Noble ambicion le domina de aplauso, fama y honores; pero sin cintas ni flores, sin talco ni percalina.

El renombre que adquirí el fausto pide que entraña lo grande, digno de España, lo bueno, digno de mí.

Y al ver el campo cubierto por el raudal desbordado, y al labrador arruinado de fatiga y hambre muerto,

Juzgo que mayor decoro habrá de darme sin duda, que en mi nombre y en su ayuda gastais de la fiesta el oro.

Así, á sus preclaros hijos honrar la pátria procure con algo noble, que dure más que vobros regocijos.

Truequen, pues, manos amigas los paños en vergeles; vereis alzarse laureles entre las rubias espigas, y hasta la primavera harémos que otra no iguala, pues el día Abril su gala le brinda la primavera.»

Nada más, en conclusio, viene á decir lo dictado á un medium afortunado por D. Pedro Calderon.

EL TOQUE DE GLORIA.

Hasta ahora, menos mal; la idea de que cumplan con un deber religioso, acallaba en parte sus apetitos. Pero, ¿y desde hoy?

La primera campanada del toque de gloria, resonando en sus estómagos aguachinados, moverá con furia sus dientes mohosos, y la misma debilidad presartará fuerzas á su deseo.

El borrego, el cabrito, el pavo, la gallina, todo lo que haga olvidar la lenteja y la judía, el cardo y la espina-ca; todo será devorado con furia de náufrago hambriento, y los devotos de carne y las devotas de hueso, no darán reposo á sus piadosas mandíbulas hasta ajustar las cuentas atrasadas.

Y si esto harán los católicos, que ayunan para ganar el cielo, sin duda por no tener otros méritos, ¿qué no deberán hacer los constitucionales, á quienes la palabra ayuno aterra, y con razon?

Echase sobre los conservadores que se agazapan aún en los ministerios, y arrojarlos á empellones de allí; que para algo ha sonado el toque de gloria. Bueno es que durante la cuaresma política de seis años hayan ayunado, cumpliendo los mandamientos de su partido; pero no que terminada continúen alimentándose de esperanzas, manjar indigesto cuando se abusa mucho de él.

¡Animo, pues, constitucionales desatendidos, que os limpiáis todas las mañanas la dentadura con un plumero para quitarle las telarañas, según dice con mucha gracia uno de la comunión; ánimo, y á exigir de los señores ministros las cesantías de los conservadores, si no queréis que el toque de gloria, tan simpático para todos, sea para vosotros fúnebre y fatídico!

LOS AFICIONADOS.

De sospechar lo que habia de ocurrirnos con el título de este periódico, algo menos belicoso seria.

A cada instante nos vemos obligados á sostener diálogos parecidos:

—¿Son VV. los de El Morin?

—Sí, señor.

—Pues cuenten VV. conmigo y con algunos compañeros.

—Es que....

—Somos gentes reservadas, moderados de abolengo, y ya saben VV. lo bien que hemos hecho siempre estas cosas: es nuestra especialidad. Conque, ya lo saben VV. Plaza de la Cebada, número 150, á cualquiera hora del día ó de la noche.

—Pero oiga V....

—Quedamos conformes.

—¿Es aquí donde se prepara El Morin?

—Aquí es.